

PEDRO RIVERA

PREGUNTO POR MIS AMIGOS DE LA INFANCIA

Esta naranja está podrida.
Esa mano que la exprime está podrida.
El planeta se mueve en torno de la noche
y arrastra consigo, entre las muelas,
el agua sucia, el agua limpia
y todo lo que en el hombre canta y vive.

Un beso se rompe, a veces, como una ventana
bajo el golpe de una piedra
y la sangre y la misma noche
y la materia
y la ternura
y Dios
y también la mosca negra que lame mi esqueleto
se abrazan y copulan incesantemente
en la misma alcoba en donde se hunde el mundo.

Cuando era niño mi madre me vestía
con retazos
de su alma.
Cubría mi desnudez
con la vergüenza de sus ojos.
De sus trajes viejos
hizo mis primeros pantalones.
Con agujas de llanto tejió
las primeras letras de mi nombre.

Yo vivía en una gran casa de madera
junto a mil familias
que se disputaban el derecho
de dormir junto a las ratas,

en un cuarto del tamaño de una uña,
en donde la cama y el fogón cubrían
todo el espacio de la tierra,
en donde cuatro cajones bailaban en silencio
alrededor de una mesa desnuda y fría
como una tumba.

Yo vivía en una casa grande —un ataúd de madera—
en donde se podría la vida del planeta entero.

Un día bebí en el seno de la noche el terror
de verme solo
y pregunté a todo el mundo por mis amigos
de la infancia:

José, Pascual y tantos otros.

Aquel a quien decíamos "el conde" con cariño.

Aquel a quien todos llamábamos "venablo".

Los he visto podrirse lentamente,
envejecer de pronto y morir bajo su muerte,
arrollados por el odio y por el hambre.

El tiempo abrió tenebrosas llagas en sus rostros.
La marihuana los abatió con furia en las esquinas.
El alcohol consumió la sangre de sus venas
hasta transformarlos en cenizas,
en pequeños montoncitos de excremento.

Mis amigas, después de mucho tiempo
he vuelto a verlas
—apretujadas contra los muros y los rostros—
yendo por las calles y encadenadas
a sus sombras sifilíticas,
con el sexo en la mano como un enorme abismo,
como una enorme zanja en donde beben todos,
convertidas en maquinarias espantosas
extrayendo semen
y manchando la ternura, el amor
y todo cuanto en el hombre hay de humano.

Cuando era un escolar,
un rostro apenas entre tantos rostros,
no aprendí a leer sino a morirme.
Cerré mis oídos al abominable maestro

que, desde las embajadas,
defendía la exclusividad de los mendrugos
y escupí con asco su padredumbre literaria.

Desde entonces

sólo vi dolor trepando por las casas.
Sólo vi la risa del hambre en las sartenes.
Sólo vi panes duros arder en las cocinas.
Sólo vi muerte, carne pudriéndose en los cuartos.
Sólo vi platos vacíos caer como banderas.

Y yo repito que es inútil detenerse.

Algún día saldremos empuñando tenedores.
Algún día será limpia la palabra
y seremos capaces de conmover la piedra,
de tomar sopa como todo el mundo,
de amar a una mujer sin morirnos de vergüenza.

Un día seremos capaces de cantar
sin sonrojarnos.

LA LUNA EMIGRANTE

Abro la marcha y deajo mi saludo
y mi sangre te sigue de la mano.
Pango a marchar mis pasos detenidas
por una senda o un pequeño atajo
que se interpone entre los dos; amada,
y nos congrega en el adiós del labio:
y nos estrecha en la palabra dicha
y nos desata en un silencio claro.

Abro mi voz con un puñal de estrellas
y busco en mis manos tus dos manos.
Viajero de la selva y de los mares
no puedo perseguir tus veinte años
ansiosos de vivir sin plenitudes,
sin angustias vitales y sin llanto
en los sitios anónimos del tiempo
y en las venas oscuras de mi barrio.

Camino por mi sombra y no te pienso
y olvido las edades que alcanzamos
juntos en los caminos y las lluvias
en donde mi ternura te ha besado.

Nunca fue mío tu pétalo nocturno
ni pude esperanzarme en un milagro
que agrietara la piedra y los puñales
salidos de la sombra amenazando
todo cuanto está en pie viviendo vida:
la casa del amor y sus sembrados,
las carretas tiradas por el tiempo
y los bueyes antiguos en el campo,
las furias contenidas en la sierra
y su vientre desnudo a los extraños,
el pan y las caricias maternales
y todo mi dolor contemporáneo
crecido en las unánimes angustias
de mi pueblo, mi madre y mis hermanos.

No recuerdo tus ojos como llamas
o como dos abejas que han volado.
Ya recuerdo tus ojos como ojos
en todos los letreros del espacio,
poseedores del cosmos y las aguas
y de la voz y el aire de mi canto.
Mi corazón se pudre con un gesto
y mi vida se dobla como un arco
para besar los sitios de la muerte
donde crece mi sueño y donde amo.

Abro la marcha y queda mi saludo
tejido en el pañuelo de tu mano.
Por cuestas y montañas de silencio
ríos de separación irán bajando
para reunir las aguas torrenciales
en un mar de regreso inesperado
cuando llegue el amor sobre sus huellas
a deshajar, amor, tus veinte años.

Abro la marcha con los pies hundidos
en el hondo diciembre de este año.

POLIDORO PINZON

Donde el silencio crece y donde el trino
desnuda el corazón de las campanas
escribiré las letras más humanas
con sangre de Pinzón y dardo fino.

Guitarras en la noche del camino
y consignas hiriendo las mañanas;
no silenciar su nombre en las ventanas
si decir Polidoro es un destino.

Se apagaron con él algunas cosas
y nos mojan sus aguas amorosas,
su corazón azul y su honda pena.

El pan de la canción cayó tendido:
renace en mi palabra el tono herido
y sangro con Pinzón a sangre llena.